



Uri Costak

El estilista

En un mundo en el que
todo iba tan rápido...
un hombre decidió parar.



DESTINO

El estilista

Uri

Costak

Traducción de Ana Ciurans

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1461

© Uri Costak, 2019

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© de la traducción, Ana Ciurans Ferrandiz, 2019

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-233-5521-1

Depósito legal: B. 1.539-2019

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Contaban los que decían que lo vieron que el rayo fue una de las descargas más electrizantes que jamás habían caído del cielo; que el pueblo, por un instante que pareció suspenderse en el tiempo, quedó iluminado como si fuera de día, colmado de un intenso resplandor que se extendía sobre las paredes, desplegándose alegremente por las calles del casco antiguo.

Contaban los que decían que lo oyeron que el posterior estallido del trueno pareció arrastrar consigo todo lo que lo rodeaba; que los muebles de las casas más viejas sufrieron una sacudida tan inusual que algunos, incluso, se movieron de habitación.

Con toda seguridad, si rebuscáramos en los anales meteorológicos del continente, cada cincuenta años podríamos leer el testimonio de las huellas de una tormenta parecida. Caen muchos

rayos sobre la tierra y, de vez en cuando, parece que todos tengan que caer en el mismo sitio, pero solo algunas veces, solo algunas veces, cae alguno que se recuerda como algo más que una simple aparición en una hermosa noche de primavera.

2

En Gyors de la Montagne, a eso de las seis y media de la mañana, cuando el rocío ya había dejado las flores bien húmedas y frescas y en el horizonte se adivinaban las primeras luces del alba, Ferdinand Moustache, el barrendero más viejo de la brigada, cruzaba la rue de Paris y enfilaba la pequeña plaza Mayor del pueblo para empezar su jornada laboral.

Una vez en el centro de la plaza, y siguiendo un ritual que lo acompañaba desde el primer día en que se convirtió en empleado municipal, se quitaba los guantes de las manos, se desabrochaba el primer botón del mono de trabajo, buscaba en los bolsillos el paquete de tabaco, el papel de fumar y el mechero y, reclinado en los peldaños de la base de la estatua ecuestre del conde Italo Rodari, ejemplo de virtud y coraje de la comarca, se disponía a encenderse un cigarrillo.

Ya hacía unas horas que la tormenta había cesado, el aire se había quedado frío, terso, límpido, y eso, que no era un hecho inusual durante el inicio de la primavera en la comarca, le dejaba los huesos doloridos y le costaba un poco más de esfuerzo pasar la escoba y recoger los papeles sucios que los turistas habían olvidado en el suelo.

Moustache dio la primera calada saboreando aquel momento, disfrutando de sus minutos de descanso. Pero pocos segundos después, a pesar de la última oscuridad de la madrugada, vislumbró una serie de pequeñas formas irregulares esparcidas por el empedrado de la plaza, como si fueran restos de un meteorito caído del cielo... Y entonces, el barrendero levantó la cabeza con un gesto que le hizo dirigir su mirada hacia el final de la columna que sostenía la estatua del caballero medieval más famoso del país.

Y ya no encontró nada.

O encontró un vacío.

Un vacío que horas más tarde solo atinaría a definir como indescriptible.

—Necesito refuerzos —dijo cuando la responsable de seguridad e imprevistos del municipio descolgó el teléfono.

—Aquí solo estamos despiertos tú y yo,

Moustache —le respondió—. Y yo todavía estoy en pijama y en la cama.

—Pues ya puedes ir adelantando los despertadores de todo el ayuntamiento. Esto está hecho un desastre, parece una zona de guerra.

3

El alcalde del pueblo, Pierre Laville, llegó a la plaza antes de desayunar acompañado por su primo Serge, que era su asesor y jefe de gabinete. Sus caras de circunstancias denotaban la gravedad de la situación. Tras ellos, la brigada completa, los bomberos y la policía local los seguían con la cabeza gacha. Sabían que solo iban allí a hacer acto de presencia. En la pequeña plaza Mayor ya no podía hacerse casi nada más: acompañar los restos mortales, ayudar en el levantamiento del cadáver.

Los más compungidos eran, sin lugar a dudas, los vendedores de *souvenirs* y *merchandising* del conde Rodari. Alrededor de la imagen del caballero medieval se había desplegado un negocio inigualable para un pueblo tan pequeño: cientos de visitantes cruzaban las puertas de la plaza desde primera hora de la mañana hasta última

hora de la tarde y, después de haber fotografiado la estatua desde todos los ángulos posibles, compraban toda clase de recuerdos del caballero.

Pósteres, litografías, postales, camisetas, gorras, libretas, pines, disfraces, reproducciones en miniatura, sábanas, cojines, pañuelos... día tras día.

Los estragos de un rayo *muevemuebles* los había dejado sin su gallina de los huevos de oro, y ya se veían todos obligados a cerrar el chiringuito. De repente, tomaron conciencia de que formaban parte de otro tiempo. Una época que, sin previo aviso, acababa de escribir su punto y final.

En lo más alto de Gyors de la Montagne, en su pequeña plaza Mayor, el símbolo del pueblo y de toda la comarca había quedado hecho añicos. Y ver con sus propios ojos la gran estatua rota en mil pedazos dejó al alcalde y su asesor en estado de *shock*.

—Estamos muertos, Serge —expresó de forma solemne Laville.

—Pues entonces, alcalde —le susurró su asesor al oído—, tendremos que organizar el mejor entierro posible.

4

Si por amor todo vale, oíd, bienvenidos y bienvenidas, la historia de Italo Rodari, primero caballero, después conde y más tarde señor de todas las tierras de Gyors de la Montagne. Y conoced cómo un solo hombre, acompañado únicamente por un puñado de soldados, cruzó ríos y valles y se enfrentó a todo un ejército para proteger a su amada, Fiona, rescatarla de su secuestro y devolverla sana y salva a casa de su padre, el marqués de Montagne, a quien le pidió su mano.

Era una historia sencilla. Que hablaba de amor. De caballeros que arriesgan su vida por los ojos más bonitos de toda la Edad Media. Unos ojos verdes, luminosos, en los cuales, se decía, se reflejaba la felicidad.

Unos años antes, al alcalde y a su asesor se les había ocurrido recoger alguna antigua tradición

de la comarca que les sirviera para impulsar el turismo en la villa. Si una ciudad como Bilbao se había hecho de oro gracias a un supermuseo como el Guggenheim, ellos harían lo mismo, a pequeña escala, gracias a un conde y a su estatua.

Primero dieron con una canción medieval que había perdurado en el tiempo y que las abuelas todavía tarareaban, después con algunos fragmentos, elegidos con intención, de las antiguas crónicas de los reyes de Francia, y, con esta materia prima, construyeron un relato lleno de amor y heroicidad. Un cuento que niños y niñas aprenderían en el colegio y que sería la excusa perfecta para las celebraciones y fiestas de todo el pueblo.

Mil años después de que aquella historia fuera contada por primera vez, sin demasiadas pruebas más y no sin ciertos reparos, el ayuntamiento presentó en la pequeña plaza Mayor del pueblo la estatua ecuestre del caballero Rodari, valiente y atlético, imberbe y agraciado, y con un cierto aire al primo del alcalde.

Los resultados de la idea les sorprendieron incluso a ellos.

Sobre todo a ellos.